



Mensaje Pastoral de la Fiesta de Pentecostés del año 2008

Para los sedientos de la Buena Nueva

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”



La Buena Nueva no solamente concierne al hecho que el Señor nos ha otorgado la vida verdadera por su resurrección, sino que nos ha enviado, en Pentecostés, al Espíritu Santo, el “consolador” (Juan 14, 26), para que nos acompañe y guíe en toda la verdad.

Resurrección y Pentecostés se complementan. En la resurrección, la naturaleza humana, por haber sido muerta y resucitada con Cristo, recibe la vida verdadera en ella. Esta vida se personalizada en cada ser humano a través del bautismo. Además, Dios, por su infinito amor a la humanidad, viene Él mismo a nosotros, y Su Espíritu Santo hace su morada en nosotros, por la crismación con el Santo Miron. La personalización de la Pascua y de Pentecostés a nivel de cada miembro del cuerpo de Cristo por el bautismo y la crismación brindó a los cristianos la presencia del

Espíritu en ellos. Por ello, la fiesta de Pentecostés es la fiesta de la morada del Espíritu en nosotros.

En realidad, este festejo, que se inició por la invitación del Señor: *“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”*, expresa la gratitud de la Iglesia a la experiencia que tuvo por la morada del Espíritu en ella y en cada miembro de su cuerpo: *“ríos de agua viva correrán de su seno”*. Esta abundancia, que menciona el Señor, se justificará sólo si se cumple el requisito en la invitación: tener sed. Es necesario, pues, meditar acerca a este aspecto de la fiesta de Pentecostés: ¿Qué significa tener sed? ¿Cómo acercarte para beber de esta agua?

El punto de partida para contestar es que Dios respeta tu libertad y no se impone sobre ti. Tener sed, significa desarrollar en ti un deseo hacia Dios que supera todo otro deseo, y un amor a Él que supera todo otro amor. Si quieres amar a alguien, compórtate como si lo amaras, y en poco tiempo, este amor empezará a crecer en tu corazón. Si adecuas tu conducta con un deseo y amor supremo a Dios, entonces este deseo y amor crecerá en tu corazón y alma. Si Lo deseas, indubitablemente Él cumplirá tu deseo; si Lo amas, entonces Él vendrá a ti, y cuando venga, te transformará a Su imagen y semejanza, y tendrá su morada en ti.

Para desarrollar y sostener tal deseo, es necesario que sepas cómo el Espíritu mora en ti: la lectura del libro de los *Hechos de los Apóstoles*, la participación de los oficios litúrgicos, la vigilancia espiritual te guiarán: Dios estará allí. Conocer a Dios es volverse como Él, no hay otra manera. Quien ama se vuelve como aquel a Quien ama. Experimentarás, pues, el misterio que no vas a permanecer para nada corrupto; estarás vivo: *“ríos de agua viva correrán de su seno”*. En cambio, si no tienes sed, ello provocaría que no corra agua viva de tu seno.

Por ello, la llave de la vida cristiana es tener sed; sed de justicia, sed de Cristo. Es sentir la necesidad de que venga la gracia de Dios a fin de purificar el alma. El evangelio afirma que *“los publicanos y las prostitutas”* precederán a los fariseos *“en el reino de Dios”* (Mateo 21, 31), porque tienen sed de plenitud, y no están llenos de la auto-suficiencia de los fariseos. San Isaac el Sirio (siglo VI) asemeja esta sed a la flama de una vela: el alma debe cuidar el deseo hacia Dios así como una vela encendida; una vela apagada significa un alma desierta del Espíritu. En realidad, san Isaac pide que esta flama no solamente se quede encendida, sino que crezca tanto como un fuego de amor a Dios, como lo denota la vida de los santos.

Si alguien tiene su flama apagada, puede pedir a Dios que se la encienda, y Él lo hará: le mostrará pues Su presencia que colma todo vacío. Es más que una presencia; Él se ofrece y el mismo Espíritu morará en él. El Señor lo ayudará para ser como Él y cumplir su deseo. El Espíritu no es para los sanos, sino para los enfermos, los que viven su arrepentimiento, quienes, desde esta condición tan precaria, desean lograr la santidad. Para llevar a la humanidad de la imperfección hacia la perfección, de la incapacidad de seguir a los mandamientos hacia su realización, de la sed hacia la saciedad, se encarnó el Hijo de Dios, mostró el camino de la perfección, la vida eterna, la felicidad y la beatitud, se entregó a la muerte, resucitó al tercer día y cambió la perspectiva corruptible humana en incorruptibilidad. Sin embargo, se observan todavía en el mundo las señales del pecado, del sufrimiento, de la incredulidad, de la tristeza, etc. Si, por la resurrección, la incorruptibilidad está ofrecida a toda la humanidad, sin embargo, se da solamente a los que la acepten, y así la tendrán en su seno. El Espíritu Santo nos está dado para vivir la resurrección, vivir según el evangelio. Sin Él, la resurrección hubiera sido algo lindo pero que no llegaría a pertenecernos a nosotros. El Espíritu hace nuestra la resurrección, porque así podremos cambiar. Él no habla de sí mismo, sino *“tomará de lo mío (de Cristo) y os lo dará a conocer”* (Juan 16, 13-15).

En definitiva, la actualización de la resurrección en nuestra vida se efectúa por el Espíritu, pero siempre con nuestro libre consentimiento cuya expresión explícita es nuestra sed que venga el Consolador a morar en nuestras almas. Amén.

+ Siluan

Arzobispo Metropolitano
De Buenos Aires y Toda Argentina